Carlos Astrada - Elías Castelnuovo
Norberto Frontini - Rodolfo Ghioldi - Bernardo Kordon
Leopoldo Marechal - Ezequiel Martínez Estrada
Jorge Ricardo Masetti - María Rosa Oliver - Aníbal Ponce
Enrique Raab - León Rudnitzky - Alfredo Varela

HACIA LA REVOLUCIÓN

VIAJEROS ARGENTINOS DE IZQUIERDA

Selección y prólogo de Sylvia Saítta

Hacia la revolución

Sylvia Saítta
(fragmento)

En todas sus acepciones, la palabra revolución expresa un cambio violento y profundo; alzamientos o insurrecciones que generan conmoción tanto en las estructuras políticas y sociales existentes como en los sistemas de valores. Asimismo, designa a uno de los más poderosos mitos políticos modernos: el que considera la revolución como la única manera de hacer tabla rasa con el pasado para instalar definitivamente, y para siempre, un mundo nuevo para un hombre nuevo. A su vez, en ciertos períodos de la historia del siglo XX, la revolución, además de un hecho político, social o cultural, se convierte en un *lugar* determinado en el mapa. A partir de la Revolución Rusa de 1917, la noción misma de revolución se *espacializa*, porque desde entonces delimita un territorio y funda un escenario que, precisamente por eso, supo convocar a viajeros, cronistas, intelectuales y políticos de todo el mundo.

La Unión Soviética hasta los años cincuenta, la República Popular China y la Cuba revolucionaria fueron tres momentos del siglo XX en los cuales la revolución dejó de ser la utopía soñada por muchos para convertirse en un modelo existente de sociedad cuyo modo de funcionamiento prometía la felicidad de todos sus integrantes. Por lo tanto, y desde la Revolución Rusa en adelante, las representaciones de

la sociedad ideal abandonaron un imaginario tiempo futuro para convertirse en puro presente: bastaba con atravesar el océano o cruzar una frontera para presenciar ese futuro devenido presente y tocar con las manos un sueño realizado.

Para los argentinos en particular, y los latinoamericanos en general, el camino abierto por Rusia parecía demostrar -como sostiene Ricardo Falcón- que la revolución también era posible en un país de capitalismo periférico, gobernado por una aristocracia secular y con la presencia dominante de campesinos pobres. En sus comienzos, la Revolución Rusa también representó, en palabras de Beatriz Sarlo, un principio de transformación radical cuyo atractivo residía en sus proporciones épicas, en la juventud de sus dirigentes, y en el nacimiento de un nuevo orden que anunciaba el trastocamiento de todos los lugares sociales; en los años treinta, para países no desarrollados como Argentina, la sociedad soviética continuaba resultando atractiva tanto por su racionalidad, planificación, industrialización, aplicación de la ciencia y la tecnología y también como modelo de sociedad, posibilidades de felicidad e igualdad social. Del mismo modo, la creación de la República Popular China demostró que era posible romper con sistemas imperialistas de dominación a través de una revolución que introdujo la industria y la modernización sin impugnar por ello una tradición cultural milenaria. Como afirma Eric Hobsbawm, el comunismo chino fue un hecho tanto social y político como cultural; por lo tanto, cuando los comunistas tomaron el poder en 1949 se convirtieron en los verdaderos sucesores de las dinastías imperiales y demostraron ser capaces de crear una organización disciplinada a escala nacional, con una política de gobierno desarrollada desde el centro hasta las más remotas aldeas. A estos factores se sumó la incuestionable heroicidad de los ochenta mil hombres que iniciaron la Larga Marcha a través de un recorrido de 10.000 kilómetros, esquivando a los militares o enfrentando al enemigo.

En el caso de Cuba, el atractivo fue aun superior. Según la descripción de Hobsbawm, la Revolución Cubana parecía tenerlo todo: “espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud -el más viejo apenas pasaba de los 30 años-, un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía a ritmo de rumba”. Si la imagen heroica de los jóvenes guerrilleros fue un dato fundamental en la radicalización de los países del primer mundo, donde se pensó que una emancipación a nivel mundial podía ser posible a través de la liberación de los países pobres y dependientes, para esos países periféricos, en cambio, la Revolución Cubana significó la apertura de un proceso absolutamente original. Como sostiene Claudia Gilman, fue la primera revolución socialista realizada sin la participación del Partido Comunista, que abrió un camino para toda Latinoamérica; para los argentinos en particular,

se sumaba el atrayente carisma del Che Guevara, que representaba el idealismo desinteresado y la violencia revolucionaria.

En diferentes momentos del siglo xx, entonces, la Unión Soviética, la República Popular China y Cuba se mostraron a sus espectadores como sistemas sociales capaces de restituir el sentido de todos los actos de una vida; de ofrecer un nuevo sistema de creencias y principios éticos a la modernidad de un mundo desencantado. Ser testigo de esas sociedades radicalmente nuevas se convirtió, como para el resto del mundo, en el anhelo de muchos intelectuales, escritores y periodistas argentinos: “He venido a ver, nada más [...] ver con los ojos la realización del socialismo y tocarlo después con las dos manos”, dice el escritor Elías Castelnuovo cuando llega a Leningrado en 1931. Ver y tocar: la experiencia revolucionaria se materializa ante la mirada de Castelnuovo porque pisar el suelo soviético -como para María Rosa Oliver recorrer China o para Ezequiel Martínez Estrada residir en Cuba- es experimentar la realización de un modelo de justicia social en sus aspectos más tangibles y materiales: tanto en la economía, la política y la organización social como en la cultura, la educación y la medicina. Y a su vez, es sentirse parte de una comunidad reconciliada, regida por la armonía entre valores diferentes, entre el individuo y la sociedad, entre la cultura y la naturaleza, entre los intereses públicos y los privados, entre los deseos y la realidad.

Esa armonía se manifiesta, ante la mirada de los viajeros, en todos los niveles de la organización social: recién llegado a la Unión Soviética en 1957, y apenas desciende del avión, Bernardo Kordon interpreta el “contraste de poderío técnico y sencillez humana” del aeropuerto de Moscú como símbolo de “el poderío soviético y la sencillez rusa”. Alfredo Varela la descubre después de visitar una fábrica rusa en 1949, donde asiste a las clases de las escuelas técnicas y los centros de enseñanza; en ese entonces, sostiene que en la Unión Soviética “va desapareciendo la frontera entre el trabajo intelectual y el manual” así como se disipan las diferencias culturales entre el campo y la ciudad: “los muchachos y las muchachas conocen desde chicos los tractores, camiones y máquinas combinadas. A veces los engrasan, los arreglan y también los manejan. Poco a poco, las fronteras entre la ciudad y el campo se van borrando. Y por lo tanto, también se diluyen las diferencias entre la juventud urbana y la campesina”. La organización soviética del trabajo conduce al bienestar individual y al de la comunidad porque “el egoísmo ya no tiene razón de ser, porque el interés personal no choca, sino que se confunde, con el colectivo”. Los lazos armónicos que existen entre los miembros de una sociedad revolucionaria son tales que los camaradas chinos, sostiene Kordon, hacen el elogio de los capitalistas de Shanghai, y hasta en las cárceles, según cuentan María Rosa Oliver y Roberto Frontini -donde no hay cerrojos en las puertas y los muros que dan a la calle son de escasa

altura- los presos no están custodiados por guardias armados: los presos “trabajan, toman sol, hacen deporte, aprenden a leer y se ponen en contacto con la vida política del país a través de las lecturas y comentarios de las noticias diarias; pueden ir y venir a su antojo por toda la cárcel”, porque en la prisión comprenden que los motivos que los llevaron a delinquir estaban íntimamente relacionados con las condiciones sociales de la sociedad en la que vivían. En este sentido, la armonía que los viajeros descubren en China difiere sustancialmente de la de otras sociedades revolucionarias porque se trata de una revolución que no arrasa con el pasado sino que concilia ese pasado milenario con un presente revolucionario: “el orgullo nacional chino - afirma Kordon- se fija en el amor a las realizaciones del pasado, y es el motor que impulsa a un gobierno revolucionario a reconstruir a toda costa los grandes monumentos del pasado feudal”.

El mayor impacto que estas comunidades reconciliadas producen en la mirada de escritores y periodistas es la inexistencia del abismo que suele separar a los intelectuales del pueblo: si para Oliver y Frontini la idea de servir al pueblo surge con las nuevas condiciones de vida, y este ideal enciende “el alma de los intelectuales con una llama que antes desconocían, sus conocimientos sirven para hacer feliz a una sociedad en la cual, a su vez, ellos pueden desarrollar al máximo su capacidad creadora”, para Varela, con la destrucción del capitalismo, el arte está al servicio de los trabajadores: “Como los intereses de esta sociedad son los mismos que los del artista y los objetivos del socialismo coinciden con sus sueños más audaces, ahora es realmente independiente. Aún más: por primera vez en la historia ha conquistado la libertad”. En este sentido, Aníbal Ponce, después de asistir a una representación de *Las almas muertas* de Nicolás Gogol en la que descubre que “jamás un escritor o un artista, en ningún país de la tierra, ha tenido a su lado un público más alerta y comprensivo”, considera que el lugar que la sociedad rusa le otorga a la cultura resuelve los conflictos entre las armas y las letras, el mundo del trabajo y el mundo de la cultura:

El mismo obrero que trabaja por la mañana en la granja o las usinas, asiste por la tarde al club o los museos, frecuenta por la noche el teatro o los conciertos. Ediciones fabulosas de los mejores libros publicados dentro y fuera del país se agotan en pocos días, y mientras en el resto del mundo se acumulan los obstáculos para impedir a las masas el ingreso a las escuelas, la Nueva Rusia desparrama a manos llenas el tesoro de la cultura, alienta la más mínima inquietud renovadora.

La armonía subrayada por estos viajeros constituye, siguiendo a Isaiah Berlin, el elemento central de toda aspiración utópica, esa creencia de que “en alguna parte, en el pasado o en el futuro, en la revelación divina o en la mente de algún pensador individual, en los pronunciamientos de

la historia o de la ciencia, o en el simple corazón de algún hombre bueno e incorrupto, existe una solución definitiva”; esa creencia basada “en la convicción de que todos los valores positivos en los que han creído los hombres deben ser compatibles, e incluso quizá implicarse unos a otros”. De allí que, para Ponce, la Revolución Rusa confirma la realización de la utopía porque el hombre soviético “introduce su voluntad en lo que parecía inaccesible; cambia el curso de los ríos, renueva el alma de las viejas tribus, transforma a su antojo la flora y la fauna”, y todo ello “de acuerdo a un plan minuciosamente elaborado” por sabios ante cuyo empuje creador han cedido ya las viejas nociones de la biología, la etnografía o la geografía física. Castelnuovo confirma los alcances de esta transformación a través de su propia experiencia: “el soplo de la libertad, de una libertad nunca vista, comienza a acariciar el cuerpo y el alma del viajero. Y el que hacía tiempo que no sonreía empieza a sonreír, y el que hacía tiempo que no cantaba, se pone a cantar”. Algo parecido sostiene Leopoldo Marechal quien, si bien se considera “un cristiano viejo, que además es un antiguo ‘justicialista’, hombre de tercera posición”, afirma en un artículo publicado en la revista *Juan*, en junio de 1967: “Cuba es una isla feliz. Y como es feliz crea en torno a ella un psiquismo colectivo de felicidad que se contagia. Yo, en Cuba, hice una cura de juventud. Todos mis nervios se relajaron y volví completamente relajado”.

El otro componente de la noción de utopía que aparece reiteradamente en los relatos de los viajeros es el encuentro con sociedades en las cuales los intereses de la comunidad prevalecen por sobre los del individuo y donde el bien de la comunidad garantiza la felicidad de todos sus componentes. La idea de que “todo es de todos” resulta, para Castelnuovo, una realidad que se encuentra difundida y arraigada en la clase trabajadora; para Varela, parece “un cuento de hadas” porque los beneficios de la propiedad colectiva de los medios de producción “van a parar a manos de todos”. En el mismo sentido, para Martínez Estrada la Revolución Cubana sostiene, por primera vez en América, una revolución integral que cumple la “voluntad general” para constituir una sociedad “con todos y para todos”.

En el anhelo de presenciar la existencia de esas sociedades utópicas, el viaje a la Unión Soviética inaugura una nueva forma de viajar porque a través del viaje se “realiza un modelo”: como caracteriza Mario Laserna, desde la Revolución Rusa, el intelectual, el cronista, el político de izquierda viajan para conocer una realidad concreta que es importante no sólo por lo que constituye en sí misma, sino porque representa la materialización de una teoría general que se piensa transmisible y trasladable a otros espacios, a otras naciones, a otras culturas. De este modo, el viaje a la revolución convierte al viajero en espectador de un experimento que se ha cumplido y que, por lo tanto, convierte a esa sociedad en objeto de un conocimiento racional, un

conocimiento “que permite no sólo entenderla o conocerla en sí misma, sino también planearla, controlarla, predecir su comportamiento, explicar las condiciones de su origen, su estado actual y su desarrollo pasado y futuro”.

La idea de enfrentarse a un experimento resuelto es predominante en el relato de Ponce, porque Ponce no *mira* la realidad soviética sino que *constata* la puesta en funcionamiento de un modelo teórico: como señala Oscar Terán, el viaje a Rusia contribuyó a delinear con más entusiasmo su visión teórica porque fue la comprobación experimental de sus principios. La certeza es tal que Ponce no necesita recorrer Moscú para afirmar, como lo hace cuando atraviesa el arco de Negoroloiev donde figuran las palabras que invitan a la unión de los obreros de todo el mundo, que “la utopía enorme, que parecía destinada a flotar entre las nubes, tiene ya en los hechos su confirmación terminante”. Aun para Leopoldo Marechal, ajeno a la ideología marxista, Cuba es el laboratorio donde se plasma la primera experiencia socialista de América Latina, que funcionará como ejemplo para el resto de los países latinoamericanos.

A su vez, para los escritores, periodistas e intelectuales que viajaron a Rusia, China o Cuba, el modelo tenía un atractivo especial. Más allá de sus diferentes aspectos económicos o sociales, los tres tenían, como propone Paul Hollander, un componente en común: se trataba de sociedades donde escritores, poetas y ensayistas ocupaban posiciones de poder; más que críticos o soñadores, los intelectuales eran los que estaban haciendo la historia. Por lo tanto, la entrevista a los líderes políticos -que suele ser un capítulo en los relatos de los viajeros de izquierda- se convierte en una conversación entre *iguales*: en febrero de 1958, en los montes de Sierra Maestra, “el famoso” Che Guevara, “el joven médico argentino metido a comandante héroe y a hacedor de una revolución que no tenía nada que ver con su patria”, se revela para Jorge Masetti como “un muchacho argentino típico de clase media”; “a poco de hablar nos dimos cuenta de que coincidíamos en muchas cosas [...] y comenzamos a tutearnos”. Algo similar sucede cuando el filósofo Carlos Astrada entrevista a Mao Tse Tung a finales de agosto de 1960 en su residencia de Tien An Men en Pekín; muy rápidamente, los tiempos de la entrevista se alargan y la formalidad inicial del diálogo deja su paso a una conversación de más de tres horas y media de duración que, en tanto se cena, transita por todos los temas: desde la construcción del socialismo en la República Popular China hasta las etapas decisivas en el movimiento filosófico europeo, pasando por la evolución de las religiones en China y el rol decisivo de las Comunas Populares en la construcción del socialismo en el país. La referencia a estos intelectuales revolucionarios es constante en otros viajeros a China: Oliver y Frontini reflexionan sobre la figura del escritor, poeta y dramaturgo Kuo Mo Jo, quien es, a su vez, el vicepresidente de la

República Popular China; por su parte, Kordon dedica un cálido homenaje al escritor y general Lu-Sing, en cuyo museo se exhiben sus obras literarias y los testimonios sobre su participación en la revolución cultural.

De todos los líderes políticos revolucionarios, Fidel Castro y el Che Guevara fueron los que más entusiasmaron a los intelectuales que visitaron Cuba, particularmente a los argentinos. Sus atributos eran únicos: jóvenes, altruistas, combatientes guerrilleros, universitarios y teóricos de la lucha revolucionaria; no formaban parte de la vieja izquierda, se mostraban partidarios de la experimentación y no dependían de partidos o facciones políticas. En este sentido, el modo en que Fidel Castro irrumpe en el relato de Masetti, demorado en una espera de días y horas a la expectativa, *dice* sobre la figura de Castro más de lo que efectivamente narra: Masetti está durmiendo sobre un jergón, muerto de frío, en un bohío destartado, cuando una linterna le enfoca la cara:

Yo no sentí deseos de abrir los ojos.

—Déjale... déjale dormir, que luego le veré.

Fue una voz extraña, como la de un chico afónico. No sé por qué, intuí que ése era el hombre por el que había viajado más de 7.000 kilómetros. Salté del jergón y sujetando mis abrigos corrí tras la voz.

—Doctor Castro... —grité.

Una enorme figura, cubierta con una manta a modo de poncho, giró hacia mí.

A su vez, como son intelectuales quienes detentan el poder, la situación de los escritores, periodistas, dramaturgos y artistas en la Unión Soviética, China o Cuba dista enormemente de las condiciones de producción que los viajeros sobrellevan en sus propios países. La instauración de un orden revolucionario modifica tanto las relaciones entre el artista y su público como los vínculos entre el intelectual y el Estado: “¿Es que alguna vez, en cualquier país capitalista, se ha considerado tan altamente el trabajo de un escritor?”, se pregunta Varela cuando comprueba que la mayoría de los escritores soviéticos viven solamente de su labor literaria.

* * *

Este volumen compila algunos de los textos de escritores, periodistas e intelectuales argentinos de izquierda que viajaron hacia la revolución y que publicaron sus relatos del viaje en diarios, revistas o libros; en algunos casos, las crónicas publicadas en diarios fueron compiladas por sus mismos autores en libros editados posteriormente. Las tres partes en que se divide esta edición no siguen un orden cronológico sino que responden al país visitado por los viajeros; en cada una, distintas voces

narran, además de la experiencia de un viaje, un capítulo de la historia del intelectual argentino de izquierda.

))((

A la Unión Soviética

Rodolfo Ghioldi

El viaje

*Carta desde Moscú**
(fragmento)

En Reval

Después de algunos días de estada en Berlín partimos para Reval, última estación capitalista. Pasado Reval, ya nos encontraríamos en tierra del soviét.

El corto viaje por agua hasta la ciudad estoniana, sin ofrecer impresiones extraordinarias, nos fue profundamente grato; durante él, los numerosos delegados y delegadas que íbamos a Moscú para asistir a uno o varios de los congresos a realizarse pudimos bastante libremente expandirnos y comunicarnos sin temer las consecuencias poco agradables que ocurren fácilmente en toda Europa occidental. El pequeño vapor rompía -¡era hora!- con el pesado y maloliente ambiente de las grandes ciudades, donde leer públicamente un diario comunista es delito y donde, para poder entrevistarse con algún camarada, es necesario rodearse de todas las precauciones a fin de evitar el espionaje o la celada policial. El último tramo de viaje por mar nos permitía de nuevo respirar con relativa seguridad. ¡Hasta cantamos *La Internacional!*

Esa breve travesía iniciaba para nosotros una serie de impresiones satisfactorias, renovadas diariamente con la aparición de hechos y cosas que alborozaban el corazón y que nos llenaban de legítima alegría. Y Reval mismo, ciudad burguesa, había de ofrecernos motivo

* Publicado en *La Internacional*, núm. 1, 15 de agosto de 1921. Reproducido en Rodolfo Ghioldi, *Escritos*, t. III, Buenos Aires, Anteo, 1976.

de regocijo. En efecto, cuando nos acercábamos al puerto de dicha capital, una bellísima sorpresa nos esperaba: anclado entre otros muchos vapores, hallábase el *Subotnik* (“Sábado Comunista”) del gobierno obrero de Rusia, que exhibía orgullosamente en su palo mayor el pendón rojo y a cuyos costados llevaba el escudo de la hoz y el martillo. ¡Cuánto júbilo el nuestro! ¡El *Subotnik* era un barco comunista y su bandera era nuestra bandera, la bandera del proletariado universal! Allí, ella no podía confundirse con insignia garibaldina alguna, ni significaba la expresión sentimental de un núcleo de bravos pero no conscientes hombres que, según los momentos, son giuliettianos, giolittianos, dannunzianos, mussolinianos o malatestianos; por el contrario, colocada en un puerto poblado por barcos de bandera de muchas nacionalidades burguesas, la del *Subotnik* no era otra cosa que una rotunda afirmación revolucionaria, un airado desafío hecho por los trabajadores de todo el mundo por medio de Rusia a la burguesía de la tierra.

Ya en Reval, debía asombrarnos el auto rojo de la misión rusa en esa ciudad. Era un auto grande “de color comunista”, con una banderita roja en el motor; él nos trasladaba directamente del puerto a los vagones bolcheviques que nos dejarían en Moscú. El automóvil hacía su trayecto veloz y seguro. Al cruzar rápidamente las calles de Reval en el vehículo en que flameaba nuestro color, se me ocurría que todo ello era también un símbolo, y que si el *Subotnik* con su bandera desafiaba al mundo explotador, el auto rojo, en su marcha y en cada llamada de su potente bocina, anunciaba a la clase privilegiada la proximidad de su fin y el inminente advenimiento de una época en la que sólo podrán comer los que produzcan...

Iamsburg

Minutos antes de llegar a Iamsburg, el tren se detiene, parada que aprovechan los delegados para recoger ramas floridas y adornar los coches. En eso, un viejo muy viejo, compañero que trabaja en la línea del ferrocarril que pasa por esos lugares, asciende a una pequeña elevación y nos dirige un discurso, en ruso. La mayoría de los que escuchábamos no entendíamos sus palabras, pero la entonación de su voz era tan elocuente, sus gestos y ademanes tan expresivos, que comprendimos bien que en su cordial saludo de bienvenida nos pintaba los titánicos esfuerzos del proletariado ruso que, a pesar de todos sus dolores y sufrimientos, continuaba con heroica serenidad y firmeza su obra redentora. Cuando concluyó sus palabras, cantamos *La Internacional*. Fue ése un momento de gran emoción, en el que el hermoso espectáculo de hombres que cantaban al mismo tiempo en los

idiomas más diversos, era completado soberbiamente por dos soldados rojos que permanecieron en posición de saludo militar hasta la terminación de las estrofas revolucionarias.

En Iamsburg pasamos horas muy agradables, iniciadas con la visita a la biblioteca instalada en el local de la estación. Inmediatamente realizase un mitin dedicado a los ex prisioneros alemanes que retornaban a su país. Hablaron muchos compañeros rusos y alemanes, explicando a los trabajadores que volvían a su hogar la situación de Alemania y la labor que correspondía realizar. Luego concurrimos a la casa del soviét local, donde hallamos al secretario de la sección del Partido Comunista; allí, durante dos o tres horas, sostúvose una amigable conversación sobre las presentes condiciones de Rusia, cambiándose opiniones, especialmente sobre las concesiones proyectadas a capitalistas extranjeros y de las cuales, hasta hoy, no se ha efectuado ninguna. Se conversó, también, con algunos camaradas sindicalistas revolucionarios sobre la necesidad de organizar y disciplinar las fuerzas para la revolución; y tanto en ese momento como poco después, cuando el tren volvía a emprender marcha, un miembro del soviét dijo a los sindicalistas: “¡Tenemos la esperanza de que retornen comunistas!”.

En Petrogrado

La estada en Petrogrado fue breve, causa que no permitió recoger impresiones abundantes. Sin embargo, puedo asegurar que la situación de la ciudad más revolucionaria y más sacrificada de un país que está en guerra desde 1914, es muy superior a la que se pueda sospechar; sus calles no están descuidadas ni sus edificios en ruinas. Por el contrario, asómbrase uno de que las casas se conserven aún tan bien y de que sea posible atender la higiene de la gran ciudad con el esmero con que se atiende.

Es necesario tener en cuenta las condiciones terribles en que debe desenvolverse Rusia; recién hoy se goza de relativa paz, lo que permitirá dedicarse a la obra constructiva. Y a pesar de que la situación económica no es holgada, los habitantes de Petrogrado no tienen expresión abatida; antes bien, sus miradas reflejan la seguridad inmovible en el triunfo final y la convicción de que las penurias materiales no habrán de detenerlos en la lucha contra el imperialismo capitalista. Sobre este asunto escribiré con detención en otra correspondencia.

En cuanto a Petrogrado no podría dar informaciones detalladas puesto que apenas estuvimos allí algunas horas; en cambio, podré

hacerlo después de los congresos internacionales, pues permaneceré allí una o dos semanas.

Yo estuve en el Instituto Smolny de la ex aristocracia rusa, y donde hoy se hallan las oficinas de instituciones soviéticas. Conversé allí con el compañero que es jefe de redacción de La Internacional Comunista (revista oficial de la Internacional Comunista). Aquel compañero fue anarquista durante muchos años y es actualmente un soldado efficacísimo del comunismo. Lo encontré con mucho trabajo, y a pesar de que su tiempo era escaso dadas sus tareas múltiples, me dedicó algo más de una hora, profundamente interesado por el movimiento sudamericano y especialmente el argentino. Requirió datos y detalles sobre nuestro Partido, expresándome su satisfacción por la orientación y disciplina nuestra.